

no acomoden nuestras reglas, y prefiera á ellas la libertad de ir con diversos pretextos adonde mejor le parece, nunca se le niega licencia, pero esta pasión de libertad la tenemos por indicio muy sospechoso, y no tardamos en despedir á los que de ella adolecen. De suerte que estas mismas diversiones que hacen y conservan buenos á nuestros criados, tambien nos sirven de prueba para escogerlos. Milord, yo confieso que solo aquí he visto á los que á la par hacen de los mismos hombres buenos criados para el servicio personal, buenos trabajadores para labrar sus tierras, buenos soldados para defender la patria, y hombres de bien para cualquier estado á que pueda llamarlos la fortuna.

El invierno mudan de especie los placeres como las tareas. Los domingos toda la gente de la casa, y tambien del vecindario, hombres y mugeres indistintamente, despues del servicio divino se reunen en una sala baja, donde encuentran lumbre, vino, frutas, bollos y un violin para baylar. La señora de Wolmar nunca deja de asistir, aunque no sea mas que un instante, para mantener con su presencia el orden y la decencia, y es muy frecuente el baylar ella, aunque sea con sus propios criados.

Esta costumbre, quando la supe, me pareció al principio ménos conforme en la severidad de la moral protestante. Se lo dije así á Julia y me respondió casi con las mismas razones que voy á referir.

La pura moral está tan cargada de severas obligaciones, que si les echan la sobrecarga de fórmulas indiferentes casi siempre es á costa de lo esencial. Dicen que en este caso se hallan la mayor parte de los frayles que sujetos á mil reglas inútiles, no saben que cosa sea honor y virtud. Ménos reyna este defecto entre nosotros, pero no estamos totalmente inmunes de él. Nuestros eclesiásticos, tan superiores en sabiduría á todas clases de sacerdotes, como excede en santidad nuestra religion á todas las demas, tienen no obstante todavia ciertas máximas que mas que en la razon en la preocupacion parecen fundadas, como la que el bayle y las asambleas reprueba, ¡cual si fuera mas malo baylar que cantar; cual si no fuera cada una de estas diversiones igualmente por la naturaleza inspirada, y cual si fuera delito divertirse juntos en una recreacion inocente y honesta! Yo por mí pienso que muy al contrario siempre que hay concurrencia de ámbos sexos toda diversion

pública es inocente por lo mismo que es pública, en lugar de que á solas es sospechosa la ocupacion mas loable (1). El hombre y la muger fueron destinados uno para otro; el fin de la naturaleza es que se unan en matrimonio. Toda religion falsa pelea contra la naturaleza; la nuestra sola que la sigue y la rectifica anuncia su institucion divina y adaptada al hombre; por tanto no debe añadir al matrimonio ademas de los estorbos del órden civil dificultades que no presenta el Evangelio, y son contrarias al espíritu del cristianismo. Pero díganme ahora, ¿donde las personas jóvenes de ámbos sexos no casadas hallarán ocasiones de aficionarse mas á otras, y verse con mas decencia y circunspeccion, que en una asamblea donde atentos sin cesar á ellas los ojos del público las fuerzan á tener mucha cuenta con su conducta? ¿en que se ofende Dios con un ejercicio gustoso y saludable, idóneo para la viveza de la juvenil edad,

(1) En mi carta al señor d'Alembert sobre teatros he copiado de esta el trozo que sigue, y algunos otros, pero como entónces no se habia publicado aun esta edicion he pensado que debia esperar á que saliera, para citar lo que de ella habia sacado.

que consiste en presentarse uno á otro con decencia y gracia, y á que el espectador pone una gravedad que nadie sería osado á violar? ¿puede imaginarse medio mas honrado para no engañar á nadie, á lo ménos en cuanto á la figura, y mostrarse con las perfecciones y defectos que cada uno tiene, á las personas interesadas en conocernos ántes de obligarse á amarnos? ¿la obligacion de quererse mutuamente no lleva consigo la de agradarse? ¿y no es digno esmero de dos personas virtuosas y cristianas que piensan en unirse disponer así sus corazones al reciproco amor que les manda Dios?

¿Que sucede en los paises donde reyna una eterna estrechura, donde se castiga como delito la alegría mas inocente, donde no se atreven á juntarse nunca en público los mozos de ámbos sexos, y donde no sabe la severidad de un pastor predicar en nombre de Dios mas que un yugo sérvil, y tristeza, y tedio? Que eluden una inaguantable tiranía que á la naturaleza y á la razon repugna; á los contentos licitos de que se ve privada una festiva y alegre juventud sustituye otros mas peligrosos; las citas á solas concertadas con maña reemplazan las públicas

asambleas; y á poder de esconderse como si fueran delincuentes les vienen tentaciones de serlo. La inocente alegría gusta de evaporarse á la luz del dia, pero el vicio es amante de las tinieblas, y nunca habitaron mucho tiempo juntos el misterio y la inocencia. Querido amigo mio, me dijo, apretándome la mano, como para comunicarme su arrepentimiento, y trasvasar en mi corazon la pureza del suyo, ¿quien mejor que nosotros debe conocer toda la importancia de esta máxima? ¡Que de penas y quebrantos, que de llantos y remordimientos nos hubiéramos ahorrado por espacio de tantos años si con el amor que siempre hemos tenido ámbos á la virtud, hubiéramos sabido preveer desde léjos los riesgos que corre esta en las conversaciones á solas!

Lo repito, continuó la señora de Wolmar en tono mas sosegado, donde pueden peligrar las buenas costumbres no es en las numerosas asambleas donde nos ve y nos oye todo el mundo, sino en las conversaciones privadas donde reynan la libertad y el secreto. Fundada en este principio, cuando se juntan mis criados de ámbos sexos tengo mucho gusto en que se hallen todos, tambien apruebo que de los mozos de

la vecindad conviden á aquellos cuyo trato no puede perjudicarlos, y sé con la mas viva satisfaccion que cuando alaban las buenas costumbres de uno de nuestros vecinos jóvenes dicen, le reciben en casa del señor de Wolmar. En esto llevamos otro fin. Los hombres que nos sirven todos son solteros, y de las mugeres la rolla de los niños tampoco está casada. No es justo que el recato en que viven aquí unos y otras los prive de hallar ocasion para tomar estado decente. En estas pequeñas asambleas procuramos proporcionarles ocasiones á nuestra vista para ayudarlos á que escojan mejor, y trabajando así en formar familias dichosas aumentamos la dicha de la nuestra.

Faltara ahora que me justificase yo de baylar con esta buena gente; pero mas quiero consentir en ser condenada en este punto, y confieso con ingenuidad que el principal motivo que para ello tengo es el gusto que en eso hallo. Ya sabe Vm. que siempre he tenido tanta aficion como mi prima al bayle; pero desde que perdí á mi madre renuncié por toda mi vida de bayles y de toda asamblea pública; he cumplido mi promesa aun el dia de mi boda, y seguiré cumpliéndola, sin pensar que faltó á ella, baylando alguna

vez en mi casa con mis huéspedes y mis criados que es un ejercicio provechoso para mi salud durante la vida sedentaria que nos vemos precisados á vivir aquí el invierno. Es para mi una inocente diversion, porque cuando he baylado bien de nada me acusa mi corazon, y lo es tambien para el señor de Wolmar; todo mi anhelo de parecer bien se ciñe á agradarle: soy causa de que venga él al sitio donde se bayla; la familia está mas contenta con verse honrada con la presencia de su amo, y tambien manifiesta mucho gozo de verme con ella. Finalmente hallo que esta moderada intimidad forma entre nosotros un vínculo de dulzura y apego que recuerda algo la humanidad natural, templando la bajeza de la servidumbre y el rigor de la autoridad.

Esto fué, Milord, lo que me dijo Julia acerca del bayle, y me admiró como con tanta afabilidad podia reynar tanta subordinacion, y como podian bajarse su marido y ella, y mezclarse con sus criados, sin que á estos les ocurriese la tentacion de tomar de aquí pie para nivelarse con ellos. No creo que haya soberanos en Asia servidos en su palacio con mas respeto que lo son en su casa estos buenos amos. No conozco

cosa ménos imperativa que sus órdenes, ni cosa con mas prontitud ejecutada; ruegan y vuelan los criados; disculpan, y reconocen ellos sus faltas. Nunca mas bien he comprendido cuan poco para la fuerza de las cosas hacen las palabras que se usan.

Esto me ha hecho hacer otra reflexion acerca de la vana gravedad de los amos, y es que lo que hace que en sus casas sean despreciados no tanto son sus palabras como sus defectos, y que la insolencia de los criados ántes indica un amo vicioso que débil, porque nada les infunde tanta osadía como el conocimiento de los vicios de su señor, y todos cuantos en él descubren son á sus ojos otras tantas dispensas de obedecer á un hombre que no pueden respetar.

Los criados imitan á los amos, y como los imitan toscamente, hacen con su conducta palpables los defectos que esconde mejor en los otros el oropel de la educacion. En Paris colegia yo las costumbres de las mugeres que conoçia por el tono y el estilo de sus doncellas, y nunca me ha fallado esta regla. Ademas de que la doncella una vez depositaria del secreto de su ama le hace que pague caro el sigilo que guarda, obra como piensa la otra, y pone en cla-

vo todas sus máximas practicándolas sin maña. En todas las cosas el ejemplo de los amos es mas eficaz que su autoridad, y no es natural que quieran los criados ser mas hombres de bien que ellos. En balde gritan, votan, maltratan, despiden, toman familia nueva, todo esto no mejora el servicio. Cuando el que no le importa que le desprecie y le aborrezca su familia, se cree bien servido sin embargo de ella, es porque se contenta con lo que ve, y con una aparente exactitud, sin hacer aprecio de mil males secretos, que sin cesar le hacen, y cuya fuente no distingue nunca. ¿Pero donde está el hombre tan privado de honor que pueda aguantar el desden de todo cuanto le rodea? ¿donde la muger tan abandonada que no sienta los agravios? ¿cuantas damas de Paris y Lóndres se creen muy acatadas, que se desharian en llanto, si oyesen lo que de ellas en su antesala se dice? Por fortuna para su sosiego se tranquilizan figurándose que estos Argos son unos necios, y persuadiéndose á que no ven nada de lo que no se dignan ocultarles. En pago no les ocultan estos, cuando murmurando los obedecen, el desprecio en que los tienen. Mutuamente amos y criados tienen la íntima concien-

cia de que no merecen la pena de hacerse estimar unos de otros.

La opinion de los criados me parece la prueba mas cierta y mas difícil de la virtud de los amos, y me acuerdo, Milord, de haber hecho buena idea de la de Vm. en Valais sin conocerle solamente, porque tratando con bastante aspereza á su familia, no por eso le tenia ménos afecto, y manifestaban los criados de Vm. tanto respeto al amo en su ausencia como si este los estuviera oyendo. Han dicho que no habia héroe para su ayuda de cámara; puede ser, pero al varon justo le estima su criado; lo cual demuestra que el heroismo no es mas que una vana apariencia, y que no hay otra cosa sólida que la virtud. En esta casa especialmente es donde se reconoce la fuerza de su imperio en la aprobacion de los criados; aprobacion tanto mas segura que no consiste en vanos elogios, sino en la natural expresion de lo que sienten. No oyendo aqui jamas nada que les haga creer que no se parecen los demas amos á los suyos, no los alaban por virtudes que creen que poseen todos, pero con su sencillez dan gracias á Dios porque puso en la tierra ricos para hacer felices á los que los sirven, y para socorrer á los pobres.

Es tan contraria á la naturaleza del hombre la servidumbre, que no puede existir sin alguna desazon. Sin embargo es respetado el amo y nada dicen contra él, y si exhalan algunas murmuraciones contra el ama, valen mas que si fueran elogios. Ninguno se queja de que no tiene con él benevolencia, sino de que muestre la misma á los demas; ninguno puede sufrir que compare su zelo con el de sus camaradas, y quisiera cada uno ser el primero en favor, como cree serlo en afecto; esta es la única queja y la mayor injusticia de todos.

A la subordinacion de los inferiores se junta la concordia entre los iguales, y no es la ménos dificultosa esta parte de la administracion doméstica. En las contiendas de interes y zellos que sin cesar dividen la familia de una casa por poco numerosa que sea, nunca permanecen unidos como no sea á costa del amo. Si se ponen de acuerdo es para robar de mancomun, si son fieles cada uno se hace buen lugar á costa de los demas; es preciso que enemigos ó cómplices sean, y apénas se ve medio para evitar á la par su picardia y sus disensiones. La mayor parte de padres de familias se resignan á la alternativa entre estos dos inconvenientes. Prefiriendo unos el interes á lo que es honrado,

fomentan esta inclinacion de los criados á delaciones secretas, y creen que han hecho una obra maestra de prudencia haciendo que sean espías y zeladores unos de otros. Mas indolentes otros quieren mas ser robados y vivir en paz, y tienen á especie de honor recibir siempre mal los avisos que á veces un zelo puro á un sirviente fiel le dicta. Todos están igualmente equivocados. Los primeros excitando en sus casas continuos disturbios incompatibles con la regla y el buen orden, juntan un atajo de pícaros y delatores, que siendo alevos con sus camaradas enseñan á serlo acaso un dia con sus amos. Los segundos negándose á saber lo que en sus casas sucede autorizan las ligas que contra ellos se formen, estimulan á los malos, desalientan á los buenos, y mantienen solo á bribones soberbios y holgazanes, que concordes á costa del amo reputan á favor sus servicios, y á derecho sus robos (1).

(1) He examinado de cerca el gobierno de las casas grandes, y he visto claro que es imposible que un amo que tiene veinte criados consiga nunca el saber si hay entre ellos un hombre de bien, y que no repute por tal el mas bribon de todos.

Es grave error así en la economía doméstica como en la civil querer combatir un vicio con otro ó establecer entre ellos una especie de equilibrio, como si lo que derriba los cimientos del orden pudiera servir nunca para establecerle. Con esta mala policia no se gana otra cosa que reunir al fin todos los inconvenientes. Los vicios que en una casa se toleran no reynan solos; déjese germinar uno, y en pos de este vendrán otros mil. En breve echan á perder á los criados que los tienen, dejan pereciendo al amo que los consiente, estragan ó escandalizan á los hijos de casa que atentamente los observan. ¿Que padre tan indigno hay que se atreva á contrapesar este último daño con utilidad ninguna? ¿que hombre de bien quisiera ser cabeza de familia, si no fuera asequible reunir en su casa la paz con la fidelidad, y si fuese necesario comprar el zelo de sus criados con el sacrificio de su recíproca benevolencia?

Esto solo me quitaría el gusto de ser rico. Una de las mas dulces satisfacciones de la vida, la satisfaccion de la estimacion y la confianza no la hay para estos infelices. Compran muy cara toda su plata.

¿ Quien solamente esta casa hubiese visto ni siquiera se imaginaria que pudiera presentarse semejante dificultad, de tal modo parece que provienen la union de los miembros de la ley que á las cabezas tienen. Aquí es donde se encuentra el palpable ejemplo de que no es posible amar de veras al amo sin amar todo cuanto le pertenece; verdad que es el cimiento de la caridad cristiana. ¿ No es cosa muy sencilla que se traten entre sí como hermanos los hijos de un mismo padre? Esto es lo que en el templo nos dicen sin hacérselos tocar; y esto lo que tocan los moradores de esta casa, sin que nadie se lo diga.

Empieza esta disposicion á la concordia con la eleccion de los sugetos. Para recibirlos no solamente examina el señor de Wolmar si le petan á él y á su muger, mas tambien si se petan unos á otros; y una antipatia bien manifiesta entre dos excelentes criados bastaría para despedir al instante á uno de los dos, porque dice Julia que una casa de tan poca familia, una casa de donde nunca salen, y donde están siempre unos con otros, debe ser igualmente agradable para todos, y sería para ellos un infierno, si no fuera una casa de paz. Deben con-

siderarla como su casa paterna, donde todos son una propia familia. Uno solo que disgustase á los demas pudiera hacérsela odiosa, y teniendo siempre presente á su vista este objeto desagradable, no se hallarian bien ni ellos ni nosotros.

Despues de haberlos apareado lo mejor que se puede se los une, por decirlo así, mal de su grado, por los servicios que en algun modo se ven forzados á hacerse, y se dispone de manera que tenga cada uno palpable interes en ser amado de sus camaradas. A ninguno se le recibe tan bien cuando viene á pedir un favor para sí propio como cuando para otro, y así el que desea alcanzarle procura empeñar á otro para que hable en su abono, cosa tanto mas fácil, cuanto ya sea que se otorgue ó se niegue un favor solicitado así, siempre se le dan elogios á aquel que ha intercedido, y al contrario se reprenden aquellos que solo para sí son buenos. ¿Porque, se les dice, he de otorgar yo lo que para tí me piden pues que tú nunca has solicitado nada para nadie? ¿es justo que seas mas afortunado que tus camaradas, porque son ellos mas serviciales que tú? Mas se hace, se les persuade á que se hagan reciprocamente secre-

os servicios sin ostentacion y sin darse á conocer; cosa que eso ménos dificilmente se consigue que muy bien saben que el amo testigo de esta reserva los estimará mas; así gana el interes, y nada pierde el amor propio. Tan convencidos están de esta disposicion general de los ánimos, y reyna tanta confianza entre ellos, que cuando tiene uno una gracia que solicitar lo dice en la mesa por via de conversacion, y muchas veces sin hacer otra diligencia halla la cosa solicitada y alcanzada, y no sabiendo á quien dar las gracias queda agradecido á todos.

Por este medio y otros semejantes se consigue que reyne entre ellos una ley nacida de la que á su amo le tienen, y que está subordinada á esta. Así léjos de coligarse en detrimento suyo, están todos unidos para servirle mejor. Por mucho interes que en quererse tengan es mayor el que en agradarle tienen: el zelo de su servicio es mas eficaz con ellos que su benevolencia mutua, y reputándose todos perjudicados en pérdidas que le privarian de parte de los medios que de remunerar á un buen sirviente tiene, son igualmente incapaces de sufrir en silencio el perjuicio que uno

quisiera hacerle. Esta parte de la policia establecida en esta casa me parece que tiene algo de sublime, y no puedo admirarme lo suficiente del modo con que han sabido el señor y la señora de Wolmar convertir el vil oficio de acusador en funcion de integridad, zelo y valor tan noble ó á lo ménos tan loable como lo era entre los Romanos.

Se ha empezado destruyendo ó precaviendo con claridad, sencillez y palpables ejemplos aquella servil y culpada moral, aquella mutua tolerancia á costa del amo, que los malos criados se esfuerzan á persuadir con nombre de caridad á los buenos. Se les ha dado á entender bien que el precepto de encubrir las culpas de su próximo solamente habla de las que á ninguno perjudican; que una injusticia que se ve y se calla, y que daña á un tercero la comete quien la consiente, y que como solo la conciencia de nuestros propios defectos es la que nos obliga á perdonar los ajenos, ninguno gusta de tolerar á los pícaros, si no es tan pícaro como ellos. Por estos principios verdaderos generalmente de hombre á hombre y muy mas rigurosos todavía en la relacion mas íntima del sirviente al amo, se asienta

aquí como incontestable, que quien ve hacer perjuicio á sus amos sin denunciarlo es todavía mas culpado que el que le hace, porque este se deja llevar en su accion del beneficio que espera; pero el otro á sangre fria y sin interes no tiene otro motivo para su silencio que una profunda indiferencia respecto á la justicia, al beneficio de la casa que sirve, y un deseo secreto de imitar el ejemplo que disimula; de suerte que si es de entidad la culpa, alguna vez el que la cometió puede esperar perdon; pero el testigo que la ha callado es infaliblemente despedido como hombre propenso al mal.

En cambio no se consiente acusacion ninguna que pueda ser sospechosa de injusticia y calumnia, esto es que no se admite si no está presente el acusado. Si viene alguno privadamente á hacer una denonciacion contra un camarada, ó á quejarse personalmente de él, se le pregunta si está bien informado; esto es, si ha empezado explicándose con aquel de quien viene á quejarse. Si dice que no, se le pregunta entónces como puede fallar de una accion, cuyos motivos no sabe. Esa accion, se le dice, tiene acaso conexión con otra que ignoras; va acaso acóm-

pañada de circunstancias que la justifican ó la disculpan, y que tú no conoces. ¿Como te atreves á condenar esa conducta ántes de saber que razones al que la sigue le asisten? Si te hubieras explicado con él acaso con dos palabras hubiera quedado justificado á tus ojos. ¿Porqué te expones á censurarle sin causa y me pones á riesgo de ser cómplice de tu sin razon? Si afirma que se ha explicado ántes con el acusado: ¿pues porqué, se le replica, vienes sin él, como si tuvieras miedo de que desmintiese lo que tienes que alegar? ¿con que facultad omites conmigo la precaucion que has creido que debias tomar para tí? ¿es acertado querer que juzgue yo por tu dicho de una accion de que tú no has querido juzgar por tus propios ojos? ¿y no serías responsable de la decision parcial que pudiera yo fallar, si me contentase con sola tu deposicion? Luego se le propone que haga venir al acusado; si se allana á ello en breve se arregla el negocio; si no quiere, se le impone silencio con una áspera reprehension; pero se le guarda secreto, y se examina tan atentamente la conducta de uno y otro, que en breve se sabe cual de los dos es culpado.

Tan notoria es esta regla, y tan bien asentada

está, que nunca se oye un criado de esta casa hablar mal de un camarada ausente, porque saben que es un medio de ser tenido por cobarde ó embustero. Cuando acusa uno de ellos á otro lo hace á cara descubierta, sin rebozo y no solo á presencia suya sino de todos sus camaradas, para que sean testigos de lo que afirma y fiadores de su buena fe. Cuando se trata de diferencias personales casi siempre se componen por medianeros sin importunar al amo ni al ama; pero cuando del sagrado interes del amo se trata, no puede quedar el negocio secreto, y es preciso que se acuse á sí propio el culpado, ó que haya un acusador. Estos pleytillos son muy raros y se sustancian en la mesa, en las visitas que hace diariamente Julia á la comida ó á la cena de la familia, y chancéandose los llama el señor de Wolmar sus estrados. Entónces despues de haber escuchado atentamente la querella y la respuesta, si interesa á su servicio el asunto, da gracias al acusador por su zelo. Bien sé, le dice, que quieres á tu camarada; siempre me has hablado bien de él y te agradezco que pueda mas contigo el amor á tu obligacion y á la justicia que tus inclinaciones personales; así se porta un sirviente fiel

y un hombre de bien. Luego si no tiene culpa el acusado le da siempre algun elogio para justificarle. Pero si realmente la tiene le libra delante de los demas de parte de su confesion : supone que tendrá algo que alegar en defensa suya, que no querrá declarar á presencia de tanta gente; le da una hora para oirle privadamente, y allí ella ó su marido le da una agria reprension. Lo raro que hay en esto que el mas temido de los dos no es el mas severo, y que ménos miedo tienen de las ásperas reprensiones del señor de Wolmar que de las afectuosas quejas de Julia. El uno haciendo hablar la justicia y la verdad aterra y confunde á los culpados; la otra les infunde un mortal sentimiento de su culpa, manifestándoles el que ella tiene en verse precisada á privarlos de su cariño. Muchas veces les saca lágrimas de dolor y vergüenza, y no pocas sucede que se enternece ella propia al ver su arrepentimiento, con la esperanza de no hallarse obligada á cumplir su palabra.

Uno que apreciase todos estos afanes por lo que en su casa ó en la del vecino sucede acaso los reputaria inútiles ó penosos. Pero Vm., Milord, que tan alta idea de las obligaciones y

los gustos del padre de familias tiene y conoce el natural imperio que en el corazon humano se grangean el ingenio y la virtud comprende lo que importan estas menudas cosas, y sabe en lo que estriba que den sazonados frutos. Riqueza no hace rico, dice la novela de la Rosa. El caudal de un hombre no está en su arca sino en el uso que de él hace, porque solo por el empleo que de las cosas hacemos nos las apropiamos y siempre son mas inexhaustos los abusos que las riquezas, lo cual es causa de que nadie disfrute á proporecion de sus gastos sino á proporecion del modo de ordenarlos estos. Un loco puede arrojar barras de plata á la mar, y decir que ha gozado de ellas : ¿ pero que comparacion hay entre este gozo extravagante, y el que hubiera sabido sacar un hombre prudente de ménos cantidad? Solo el órden y la regla que multiplican el uso de los bienes pueden convertir en la felicidad el placer. Y si nace la propiedad de la relacion de las cosas con nosotros, si nos da las riquezas mas ántes que el empleo de ellas su adquisicion; ¿ que afanes importan mas al padre de familias que la economía doméstica y el buen gobierno de su casa donde las mas perfectas relaciones tie-

nen conexión directa con él, y donde el bien de cada miembro aumenta entónces el de la cabeza?

¿Los mas ricos son los mas felices? ¿que vale la opulencia para la felicidad? Pero toda casa bien ordenada es imágen del alma de su amo. Los dorados techos, el luxo y la magnificencia solo la vanidad de quien de ellos hace alarde indican, en vez de que en todas partes donde vea Vm. reynar la regla sin tristeza, sin esclavitud la paz, sin profusion la abundancia, diga con toda confianza: aquí manda un hombre feliz.

Yo por mi pienso que la señal mas cierta del verdadero contento del ánimo es la vida retirada y doméstica, y que los que sin cesar van buscando la dicha en casas ajenas, es porque no la encuentran en la suya. Un padre de familias que está contento en su casa, disfruta en pago de los afanes continuos que se toma el gozo continuo de los mas dulces afectos de la naturaleza. Solo entre todos los mortales es árbitro de su propia felicidad, por que es feliz, como el mismo Dios, sin desear nada mas que aquello que posee. Como este Ser inmenso, no piensa en hacer mas vas-

tas sus posesiones, sino en apropiárselas verdaderamente por las relaciones mas perfectas, y la direccion mas bien entendida, y si no se enriquece con meras adquisiciones, se enriquece poseyendo mejor lo que tiene. Solo de la renta de sus tierras disfrutaba, y goza ahora de sus propias tierras presidiendo á su cultura, y recorriéndolas sin cesar. En las acciones solamente tenia derecho, y ahora se le ha grangeado en las voluntades. Era amo á precio de dinero, y ahora lo es por el sagrado imperio de la estimacion y los beneficios. Despójese la fortuna de sus riquezas, nunca podrá quitarle los corazones que se ha grangeado; no quitará á su padre sus hijos, y consistirá toda la diferencia en que ayer los mantenía él, y ellos le mantendrán hoy, porque á sus criados que para él eran estraños los ha hecho suyos, y se los ha apropiado. Así se aprende á disfrutar verdaderamente de sus bienes, de su familia y de si propio; así las menudas ocupaciones de una casa se convierten en delicias para el hombre de bien que sabe apreciarlas en lo que valen, y así léjos de mirar como un gravámen sus obligaciones cifra en ellas su felicidad y saca de sus nobles y afectuosas funciones la gloria y la satisfaccion de ser hombre.

Y si son tan mal apreciadas, ó tan poco conocidas tan preciosas utilidades, y si los pocos que á ellas aspiran tan contadas veces las alcanzan, todo esto proviene de una misma causa. Obligaciones hay sencillas y sublimes que en manos de pocos está el amarlas y desempeñarlas, y de esta especie son las del padre de familias, á las cuales inspiran cierta repugnancia el tráfigo y el bullicio del mundo, y que tambien se desempeñan mal cuando nos encargamos de ellas por razones de interes y avaricia. No falta quien cree que es un buen padre de familias, y no es mas que un vigilante mayordomo; puede que prospere su caudal, pero nunca irá bien gobernada su casa. Proyectos mas altos se requieren para alumbrar y dirigir esta importante administracion, y que salga á medida del deseo. La primera diligencia por donde ha de empezar el órden de una casa, es no consentir en ella mas que á hombres de bien que no tengan la secreta intencion de perturbar este órden: ¿empero son acaso de tal modo compatibles servidumbre y honradez que se pueda esperar que hayan de encontrarse criados hombres de bien? No, Milord, para tenerlos no se han de ir á buscar, sino que se han de formar, y solo un hombre de bien sabe el arte

de formar otros que lo sean. En balde afecta un hipócrita el estilo de la virtud, á nadie le infunde el gusto de practicarla, y si supiera hacer que fuera amable él la amaría. ¿A que valen frias lecciones que desmiente un continuo ejemplo, sino para hacer creer que el que las da se burla de la credulidad agena? ¿que gran disparate dicen los que nos exhortan á hacer lo que dicen, y no lo que hacen! Quien no hace lo que dice nunca lo dice bien, porque falta el idioma del corazon que es el que mueve y persuade. Algunas veces he oido esas conversaciones disfrazadas sin arte que en presencia de los criados se tienen, como en presencia de las criaturas para darles lecciones indirectas. Léjos de pensar que tragasen por un solo instante el anzuelo siempre los he visto reirse en secreto de la necesidad del amo, que los tenia por tontos vendiendo sin arte delante de ellos máximas que sabian muy bien que no eran las suyas.

Ninguna de estas vanas sutilezas se conoce en esta casa, y el arte principal de los amos para que sean sus criados lo que ellos quieren es dejarse ver de estos como ellos son. Siempre es ingenua y sincera su conducta porque no rece-

lan que sean desmentidas sus palabras por sus acciones. Como no tienen para sí una moral diferente de la que enseñar á los demas pretenden, no necesitan circunspeccion en sus razones, ni una expresion que se les va sin pensar destruye los principios que se han esforzado á asentar. No dicen imprudentemente todos sus negocios, pero dicen con franqueza todas sus máximas. En la mesa, en el paseo, á solas ó delante de gente, siempre se habla del mismo modo; se dice con ingenuidad lo que de cada cosa se piensa, y sin cuidar de este ó del otro, todos sacan alguna instruccion. Como nunca ven los criados que haga el amo cosa que no sea justa y equitativa, no contemplan la justicia como un tributo del pobre, un yugo del desdichado, y una de las miserias de su condicion. El esmero que se pone en que no vayan y vengan en balde los operarios, y pierdan jornales en solicitar la paga de los que han ganado, los acostumbra á conocer lo que vale el tiempo. Cuando ven la atencion de sus amos en que no sea perdido el ageno, cada uno colige que no debe perder el suyo, y tiene á mas grave delito la ociosidad. La confianza que en todos su integridad infunde da á sus insti-

tuciones una fuerza que las consolida y precave los abusos. En la gratificacion de cada semana no hay miedo de que crea siempre el ama que el mas jóven ó el mejor mozo ha sido el mas diligente. No recela un criado antiguo que le hagan alguna morisqueta para frustrarle del aumento de soldada que le es debido. Nadie espera aprovecharse de la discordia de los amos para hacerse lugar, y alcanzar de uno lo que haya negado el otro. Los que son solteros no temen que pongan óbices á que tomen estado para retenerlos mas tiempo, y que así les perjudiquen sus buenos servicios. Si viniese algun criado forastero á decir á la familia de esta casa que un amo y sus criados se hallan en un estado de verdadera guerra; que haciendo estos á aquel cuanto mas mal pueden usan en esto de justas represalias; que siendo los amos usurpadores, embusteros y bribones, no es injusticia tratarlos como ellos al principe ó al pueblo, ó á los particulares tratan y volverles con maña el mal que por fuerza á cara descubierta ellos hacen; al que así hablase nadie le entenderia; y aquí nadie se cura de impugnar ó precaver semejantes razonamientos; solo á los que para ellos dan pie compete la obligacion de refutarlos.

Nunca hay mal humor ni rebeldía en la obediencia, porque no hay antojos ni altanería en el mando, porque nada se exige que racional y útil no sea, y porque se respeta lo bastante la dignidad del hombre, aunque esté sirviendo, para no emplearle nunca en ocupaciones que le envilezcan. Por lo demás lo único que aquí se reputa por bajeza es el vicio, y todo cuanto es útil y justo es decente y honrado.

Si no se consiente ningun enredo fuera de casa á nadie le viene tentacion de fraguarle. Todos saben que la fortuna mas cierta para ellos pende de la de su amo, y que nunca les faltará nada mientras vean próspera la casa. Con servir cuidan de su patrimonio, y le aumentan, haciendo que se agradezcan sus servicios, y este es su principal interes. Pero esta voz no es aplicable aquí, porque nunca he visto organizacion política en que tan bien dirigido estuviese el interes y ménos influjo tuviese. Todo se hace por inclinacion; dijera uno que se purifican estas almas venales así que entran en esta morada de union y sabiduria; dijera que todos y cada uno de la familia participa de las luces del amo, y la sensibilidad del ama; tan benéficos, juiciosos, honrados y superiores á su condicion se muestran. Su primera ambicion

es hacerse estimar, apreciar y querer bien, y las expresiones de aprecio que uno les dice las estiman como en otras partes los regalos que da.

Estas son, Milord, mis principales observaciones acerca de la parte de la economía de esta casa que á los criados y jornaleros respeta. En cuanto al método de vida de los amos, y la educacion de los hijos, cada uno de estos artículos requiere una carta separada. Ya sabe Vm. con que ánimo he empezado estas anotaciones, pero de verdad todo esto forma tan hechicera pintura que para contemplarla no se necesita otro interes que la satisfaccion que causa.

(a) En España estése en el patio en pie, pero solo la gente vulgar es la que va á este sitio; en Francia al contrario van al patio los sugetos mas decentes. En Paris está ahora el patio sentado. (Nota del traductor.)

CARTA 11.^a

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

No, Milord, no me desdigo, nada se ve en esta casa que no reuna con lo útil lo agradable;